

La fiesta de los Caballos del Vino. Un exponente antropológico de la actividad vitivinícola tradicional en el noroeste murciano

José Antonio Melgares Guerrero

Aunque presupongo que la mayor parte de los lectores lo conocen, el festejo tiene lugar a lo largo de la mañana del 2 de mayo en Caravaca, y consiste en vestir o enjaezar un caballo con atalajes tradicionales que tienen sus propios nombres, exhibirlos por las calles y plazas de la ciudad (antes, a lo largo de un recorrido arbitrario y, hoy, siguiendo una normativa consensuada) y, finalmente, someterlo a la competición en una carrera contra reloj que tiene lugar en el último tramo de las cuestas que conducen al castillo de la ciudad.

El esfuerzo tanto físico como económico que supone poner en la calle un Caballo del Vino en la fecha señalada era asumido por familias o clanes familiares hasta bien entrada la década de los años cincuenta del siglo XX. A partir de esa fecha, y por causa del incremento de los costes, la responsabilidad recae sobre una peña de socios que abonan periódicamente sus cuotas a lo largo del año y organizan actividades para recaudar fondos con este fin.

El festejo, que se sitúa en el marco temporal de las fiestas de la Vera Cruz (en pleno ciclo festivo de la primavera), tiene su explicación legendaria en incierta época medieval (centrada en los años en que los Templarios tuvieron la tenencia de Caravaca: 1244-1310), cuando estando sitiado el castillo caravaqueño por los moros granadinos (no hay que olvidar que la frontera con el reino nazarita de Granada se movió muy poco entre los siglos XIII-XIV y XV a sólo 50 Km de Caravaca), y habiéndose acabado el agua de los aljibes, un grupo de valerosos caballeros, burlando el cerco enemigo, salieron de la fortaleza en busca de agua a las inmediaciones del lugar. No hallaron agua en condiciones de potabilidad, pero sí vino en unos lagares abandonados del lugar de El Campillo, en el camino de Lorca. Cargaron sus jumentos con abundantes pellejos del líquido elemento y, en veloz carrera, volvieron a violar el cerco agareno regresando al castillo caravaqueño donde los pobladores les agasajaron adornando con colchas y cintas multicolores los lomos de los animales. La carrera, pues, centro neurálgico del festejo, estaría justificada en esa prueba de fuerza con que acaba anualmente el festejo, a mediodía del 2 de mayo.

La leyenda, transmitida oralmente de padres a hijos, aunque de origen y características románticas decimonónicas, tuvo su forma literaria, y la llevó al papel el cronista y poeta Manuel Guerrero Torres en los primeros años del siglo XX, en plena época y estilo modernista.

Pero la justificación histórica del festejo es otra, que nada tiene que ver con la versión legendaria, y está relacionada con la tradicional actividad vitivinícola de la comarca noroeste de la Región de Murcia en la que se encuentra físicamente ubicada la ciudad de Caravaca de la Cruz.

Así como en otros lugares de actividad vinaria se bendice el primer mosto, o la simiente de la seda en la Huerta de Murcia, en un sentimiento comunitario de súplica a la Divinidad por la abundancia de las cosechas y agradecimiento a la misma por su conclusión, en Caravaca las instituciones locales y las familias nobles e hidalgas, hacían llevar hasta la iglesia del castillo, donde desde el siglo XIII se guarda y venera la reliquia de la Cruz de Cristo, y a lomos de caballos y yeguas conducidas por mozos obreros de dichas instituciones y familias, pellejos de vino de la última cosecha para ser bendecido en presencia de la Cruz en la mañana de la víspera de la Fiesta Mayor (el 3 de mayo). La ceremonia se celebra desde tiempo inmemorial y son relativamente abundantes las noticias documentales relacionadas con los gastos del concejo, la Encomienda de Santiago, y menos abundantes las relativas a familias particulares por razones obvias, que tenían que ver con la adquisición de cintas y otros adornos con que vestían o adornaban sus respectivos animales para el acto de la bendición del vino, en el castillo, al pie de la Cruz, cada mañana del 2 de mayo.

A la ceremonia litúrgica en el interior del templo asistían los jerarcas locales acompañados de los jefes de los clanes familiares y gentes en general de la alta sociedad local, pero no tenían acceso al recinto sagrado los sirvientes de las instituciones y casas señoriales que, una vez cumplida la primera parte del acto (que era conducir los pellejos llenos de vino hasta el lugar indicado del templo), aguardaban en el exterior del mismo el final de los actos para, de la misma manera que habían llevado el vino hasta el castillo, devolverlo a sus lugares de origen, ya sacralizado por la presencia de la reliquia.

Estos mozos, mientras aguardaban la conclusión de la ceremonia litúrgica, se entretenían en loar las virtudes de sus respectivos animales, así como su fuerza y proezas en el trabajo del campo. En algún momento de incierta ubicación cronológica, las posibles rivalidades de las casas, o la exageración en la narración de la fuerza pudieron llevar al enfrentamiento entre los mozos, y a la cita en la cuesta para medir en realidad, y a la vista de los demás, la fuerza, el estilo, el coraje y la bravura del animal, y también de los mozos que lo conducían.

Ese y no otro debió ser el origen de la carrera, mientras que el del enjaezamiento de los animales vendría dado por la originalidad y riqueza en el atuendo que, para la ocasión vestía el corcel. Uno y otro aspecto se premian en la configuración actual del festejo, si bien es cierto que en la actualidad se presta más atención, y está mejor dotado económicamente el premio de enjaezamiento que el de esfuerzo físico en la carrera.

Originariamente, los señores permanecieron al margen de las rivalidades de sus empleados. Con el tiempo estoy seguro que, aunque oficialmente no se daban por enterados, estaban al tanto del acontecer de la competición e incluso animaban su celebración. Paso posterior en el desarrollo del festejo fue el salir físicamente a contemplar la carrera y, finalmente, establecer un premio que siempre fue simbólico, como sigue siéndolo en la actualidad.

Debe quedar claro que el festejo de los Caballos del Vino no se incluye en el programa oficial de las Fiestas de la Cruz hasta los años veinte del siglo XX (y se hace mencionando las carreras, y no la carrera, que tenían

lugar en la cuesta), ya que se tenía por un espectáculo soez, poco culto, populachero y poco refinado en una época en que lo que se incluían eran conciertos, funciones de teatro, toros, comidas a los pobres y juegos florales.

En definitiva, el festejo de los Caballos del Vino, de origen eminentemente popular, una vez despojado de la leyenda que lo arropa y que tanto gusta al pueblo llano, es un exponente claro de la actividad vitivinícola en la Comarca noroeste, o Tierra de Órdenes, de la Región de Murcia. Uno de los pocos restos que en nuestros días quedan de aquella actividad de tanta importancia económica en la zona geográfica referida, que tuvo su período de formación tras la conclusión de la reconquista, su desarrollo a lo largo de los siglos XVII y XVIII (aunque nada hablen de él los historiadores locales Juan de Robles Corbalán, ni Martín Simón de Cuenca Fernández Piñero), y que se prolonga a lo largo del siglo XIX en que cobra fuerza la leyenda romántica. Tampoco se refiere al mismo el historiador Marín de Espinosa en sus *Memorias para la Historia de la Ciudad de Caravaca*, de 1854. De este siglo, y concretamente del año 1889, es la primera referencia escrita a los Caballos del Vino como tales y con este nombre, en un reglamento de los festejos que componen las "Fiestas de la Cruz", aún inédito, original del sacerdote caravaqueño Francisco Sala Nougrou. El siglo XX será el de su mayor esplendor con fases de esplendor y decadencia que con todo lujo de detalles narra el también sacerdote Pedro Ballester Lorca en su libro *Los Caballos del Vino. Festejo insólito y pasional*, a lo largo de sus múltiples ediciones, todas ellas aumentadas y corregidas.

No es mucha la bibliografía al respecto. La más extensa obra es la mencionada de Pedro Ballester Lorca, cuya primera edición data de 1982. Antes de esta fecha se habían escrito temas literarios y poéticos hasta 1976 en que Miguel San Nicolás del Toro escribió una breve monografía que tituló *Los Caballos del Vino*, financiada por el desaparecido Centro de Estudios Caravaqueños, y que tiene su mayor interés en el esquema que aporta sobre la nomenclatura de todos y cada uno de los elementos que componen el atalaje del animal.

También de 1982 es nuestra monografía que lleva por título *La Fiesta de los Caballos del Vino, monumento etnológico del Noroeste Murciano*. De 1983 es la también monografía de Indalecio Pozo, Francisco Fernández y Diego Marín Ruiz de Assín que lleva por título *Notas históricas sobre los Caballos del Vino*, financiada por la entonces Caja de Ahorros de Alicante y Murcia.

Desde entonces poco o nada se ha aportado nuevo a la historia del festejo, echándose de menos en la actualidad un estudio antropológico que aportaría aspectos significativos a la etnografía de la actividad vitivinícola tradicional del noroeste de Murcia, en que se enmarca la Denominación de Origen Bullas, localidad en que se ha celebrado, con significado éxito, el I Congreso sobre Etnoarqueología del Vino.